

ANTONIO GAMONEDA

Grandes, inútiles preguntas

¿Conoces tú al animal del llanto? Yo vi las bestias expulsadas del corazón de mi madre. No hay distinción entre mi carne y su tristeza.

¿Y esto es la vida? No lo sé. Sé que se extingue silenciosa como los círculos del agua. ¿Qué hacer entonces, indecisos entre la agonía y la serenidad? ¿Recordar las altas pulsaciones y aquellas médulas hirvientes? No lo sé. Quizá descanso en esta ignorancia fría.

Una música precede al hedor, esto es cierto, pero ¿qué significa este placer sin esperanza? Música en el abismo, sí, y, más lejos, aún la campana de la nieve. Pongo también mi oído ávido en el sonido del gran caldero de las penas. Pero

¿qué significa finalmente

este placer sin esperanza?

Ya he hablado del que está vivo en mí cuando yo duermo, del desconocido que descansa en la concavidad de la memoria. ¿También él va a morir?

Carece

desesperadamente de importancia. —

** Hasta medio centenar, quizá, de las palabras que aparecen en esta página —todas ellas mías— lo bacen levantándose, asociadas o dispersas, de un escrito que quiso ser epílogo en la recién publicada obra completa de Blanca Varela. Creo que anda en moda el pecado —o la virtud, no se sabe— de la intertextualidad. Ignoro si estoy en ello. Ya es antiguo en mí que algunos poemas se me revelen —con otro aspecto y basta con otros sentidos— dentro de otros textos. En cualquier caso, esta página no existiría o no sería la misma sin la fértil relectura de Blanca.*